



Retrospectiva
Nádia Botovchenco

.....
Viernes 23 de enero 2015
Centro Cultural Luis Cardoza y Aragón
de la Embajada de México
18:30 Horas / Entrada Libre
Comentarios de Rubén Nájera
.....

Organizan:



Hace algunos años, no muchos, en ocasión de un viaje de trabajo, visité a Edgar y Nadia en San Salvador. Llevaban poco tiempo de haberse instalado y yo me encontraba en situaciones laborales sensibles que me obligaban a hacer de este encuentro casi un evento clandestino. Edgar me llevó a su apartamento, en la parte alta de Escalón, no sin cierto aire de misterio y

de travesura que, por supuesto, no me pasó desapercibido. El siempre grato reencuentro con Nadia fue emotivo pero pasado el primer momento noté de inmediato una anomalía: sobre la mesa del comedor se encontraban extendidos, en perfecto orden cromático, cualquier cantidad de tubos de óleo, pinceles y otros aperos del oficio. Era una alineación precisa, metódica, casi una pequeña obra de arte por sí misma. Yo sabía que Nadia había retomado con intensidad la pintura. Tenés que ver lo que está haciendo, me había dicho un par de veces Edgar. Y yo esperaba, claro, nuevas pruebas de un trabajo que me era familiar desde hacía muchos años y que había visto evolucionar constantemente, aunque en una línea naturalista y figurativa muy precisa.

Por cualquier razón (seguro que el golpe teatral estaba calculado por mi anfitrión), había quedado en una posición en la que sabía que había un caballete a mi derecha pero no podía verlo. Y entonces, Edgar me hizo dirigir la vista hacia esa esquina de la habitación, al caballete en el que se exhibía la última pintura de Nadia. Yo sé bien que a Nadia, como a muchos pintores, no le gusta mostrar una obra en proceso; lo que tenía frente a mí era, por lo tanto, una obra acabada, pero era lo menos parecido a cualquier cosa que hubiera creído esperar de su mano. La sorpresa fue tan grande como agradable, la impresión tan increíble como imprevista, y mi respuesta a este nuevo e inesperado lenguaje de Nadia una conmoción estética que me costó y me

cuesta explicar pero que fue gratificante desde el primer momento.

Pasados los años, habituado un poco más a esta nueva Nadia Botovchenco y a su nueva paleta, a su nueva visión, sigo tan sorprendido y tan satisfecho como ese día en San Salvador.

Excelentísimo Señor Embajador de los Estados Unidos Mexicanos en Guatemala, Excelentísimo Señor Presidente de la Fundación Esquipulas, Nadia, Edgar, Ana Paola, amigas y amigos...

En ocasión del honor que Nadia me hace de pedirme unas pocas palabras a propósito de esta muestra, quiero tratar de explicar un poco más el sentido de mi sorpresa. Los amigos de mucho tiempo de Edgar y Nadia compartirán conmigo, sin duda, elementos de esta experiencia;

quienes se aproximen a esta dimensión de Nadia por primera vez o desde hace poco tendrán por lo menos la intuición de una perspectiva peculiar.

Muchas nacionalidades convergen, en efecto, en Nadia y eso es lo primero que uno debe tener presente. La sabemos políglota, pero esa diversidad lingüística es parte de una vida en la que se mezclan antecedentes eslavos, una juventud brasileña, un matrimonio nicaragüense y finalmente un largo hacer raíces guatemaltecas. Son al menos cuatro mundos complejos, diferentes, llenos de espacios y coloridos contrastantes y dotados de temperamentos propios. En su contexto familiar, además, el arte ha sido una constante, y de ello son prueba el padre y el hermano pintores; pero también el esposo escritor aporta un mundo lleno de

anécdotas y ficciones mágicas que tienen su propio color.

Que la hayamos visto explorar, experimentar, buscar en diversas expresiones plásticas desde siempre no es una sorpresa. Mis primeras visitas a la casa Chamorro Botovchenco, hace ya algunas décadas, estuvieron marcadas por las pinturas de Nadia que alternaban con las de su hermano. La mano de Nadia era definida desde el principio: trazo preciso, dibujo cuidadoso, habilidad para el retrato y, sobre todo, una clara definición de las intenciones de la composición. La paleta cromática, era luminosa, amplia e intensa. Aunque de las obras de esa primera época recuerdo el manejo de la naturaleza muerta y el paisaje, son los retratos los que mejor realizados me parecían.

Ocasionalmente incursionaba en un

lenguaje más vaporoso, menos delineado, de modo que algunas composiciones de este período revelaban posibles incursiones, o alguna nostalgia en la que el trazo se hacía casi infantil y la luz se diluía.

El tiempo dio precisión a la mano, definió el manejo de la paleta y de los matices, afinó el uso de la luz y permitió que la composición de elementos y personajes se hiciera más dinámica. Así, de la intimidad de los espacios domésticos y del retrato cercano, Nadia pasó a los espacios abiertos y a la integración de personajes o conjuntos de personajes en su composición. La soltura en el uso del óleo le permitía ir y venir del trazo clásico al esfumado impresionista. En las obras de este período que se exhiben en esta sala sobresalen los bodegones, el paisaje, pero sobre todo los niños

guatemaltecos inscritos en un ambiente rural: son obras en las que destacan tanto la técnica como la anécdota que revela el contacto y el gesto humanos, el desparpajo y la sonrisa, la comunicación interna que nos comparten. Es notable aquí la madurez del trazo, la transparencia del color: uno se sabe frente a una pintora segura de su lenguaje, profundamente cómoda en el espacio de su lienzo y en los temas que acumula y procesa.

Esto define la estética, el lenguaje, la producción de Nadia hasta el momento aproximado en que la visito en San Salvador y me enfrento a su nueva producción artística, así, intempestivamente, sin previo aviso.

Nada me había preparado para eso, para la nueva etapa en la pintura de Nadia. De modo que, mientras trataba de

asimilar a esta nueva Nadia, a esta otra Nadia, muchas explicaciones plausibles se articulaban en mi mente.

Hay experiencias, situaciones, instantes de nuestras vidas que, inesperadamente, constituyen un punto de inflexión, un cambio en el sentido que asignamos a las cosas, una necesidad ingente de articular un mensaje diferente bajo recursos diferentes. Y era obvio que en la vida de Nadia algo había cambiado radicalmente y que este cambio se proyectaba en una nueva forma de expresarse y, en consecuencia, en una transformación de todos sus recursos de pintora: composición, espacio, paleta, medios, instrumentos... Probablemente había habido un proceso de transición pero mi mejor apuesta es que la transición o no se dio o fue un momento de vacilación, que el cambio no se

incubó sino que se produjo sin anuncio y sin muchos prolegómenos. El imperativo de la pintura, la necesidad del hecho plástico, era el mismo, por supuesto, pero la sintaxis, el vocabulario y casi sin duda la semántica de lo que Nadia había empezado a hacer eran profundamente diferentes.

Hay tal vez algún gesto inicial, pero breve, en que se da el paso de elementos estructurados a espacios integrados por códigos más conceptuales, menos figurativos, crecientemente abstractos. Hay un salto del espacio de la ilusión tridimensional a las sucesiones o agrupaciones de planos deconstruidos. Hay una ruptura entre la paleta cromática y el retorno a los valores absolutos del color. Entre otras cosas los personajes desaparecen y dan lugar a la composición, al color, a la

forma por sí mismos, a la integralidad del movimiento que define elementos y ámbitos en los que habitamos o, mejor, en los que habitan memorias y fantasías que solo intuimos. En esta nueva etapa de Nadia, en la cual formas y colores parecen definirse con precisión casi cartesiana sin perder del todo sus valores canónicos, hay efectivamente muchas más cosas implícitas, muchas más posibilidades, muchas más sospechas. De alguna manera, por ejemplo, la opción del montaje confirma la impresión de que la intensidad del color, subrayada por entornos negros, procede de algo interno, íntimo, surge de la intimidad y no del exterior.

En años recientes, conforme la he visto avanzar en su manejo y dominio de las opciones de este otro lenguaje y de esta otra estética por la que ha optado, las

interpretaciones periféricas han buscado explicar la disyuntiva entre los diversos mundos de Nadia. Son seguramente dos mundos, dos vidas, dos visiones diferentes, pero proceden de la misma persona. Nadia afirma que hay en su obra de estos últimos años un reflejo de los colores y la topografía del paisaje guatemalteco; es cierto: desde sus primeras representaciones de tejidos guatemaltecos, el tratamiento del color carecía de timidez, pero me atrevo a disentir con ella y a decir que esto se debe a que el color, o la forma en que Nadia interpretaba el color, antecedió su contacto y su involucramiento con Guatemala. La composición, la deconstrucción del espacio, la codificación de las formas, sean culturales (las casas y los caminos) o naturales (los árboles y las montañas), la

geometrización y la paleta, proceden de todos los subconscientes de Nadia y no puedo dejar de asociar lo que veo en esta muestra con evocaciones del cromático mundo eslavo (y se los dice un devoto de Chagall) y del accidentado mundo del septentrión brasileño, convergiendo o colapsando en estos espacios circunscritos de su nueva estética.

Toda disciplina artística es histórica y dialéctica: al final coincide en la peculiar combinación de las experiencias e intenciones del artista, incluidas las que no se invocan conscientemente, y se resuelve en expresiones únicas.

Es seguro que todos los elementos están ahí. Como suele ocurrir en la expresión artística, el soplo divino procede de la individualidad del creador.

Por eso, para cerrar este breve comentario, quiero agradecerle a Nadia Botovchenco por todas estas muestras de su creatividad y por su decisión de compartirlas con nosotros.

La inocencia, dijo Borges en un programa de televisión hace mucho tiempo, es el rasgo más importante del poeta. Y creo que todos los presentes, y quienes tengan la suerte de visitar esta exposición, deben estar agradecidos, como yo, por la poesía visual que Nadia nos entrega en esta obra, por su inocencia y por todas las dimensiones íntimas sobre las que nos lleva a contemplarla y admirarla.

Muchas gracias, y que disfruten esta velada con Nadia.